

sacerdote, discreto cultivador de las letras, gobernador sóbrio y justo, logró introducir en todas aquellas comarcas, con honda veneración de los naturales, la religión de sus mayores, modificó la aspereza de sus rudas costumbres, y no sólo les hizo adoptar el culto y las leyes, sino también la lengua <sup>1</sup>.

Era natural consecuencia de todos estos hechos que las ideas, las tradiciones y los sentimientos del pueblo de Odino echasen profundas raíces entre los escandinavos, por más que el referido conquistador y sus sucesores procurasen no lastimar sus instituciones primitivas <sup>2</sup>. Creían los compatriotas de aquel príncipe que presidían al nacimiento y ulterior destino de los hombres ciertas hadas (*walkyris*); y admitían igualmente la mediación de los genios de luz (*alfes*), habitantes de la región celeste y de los genios negros (*hales*, sombras) que moraban en la tierra. Un dragón alado y negro, de tremendas garras é insaciables fauces, devoraba los cuerpos de los infelices que morían en pecado: espantosos gigantes (*iotes* ó *iotum*) dominaban las montañas; astutos enanos (*dverges*) guardaban las cavernas, haciendo unos y otros perpetua guerra á los hombres. Semejantes creencias, canonizadas por el respeto del fanatismo que rodea el nombre de Odino <sup>3</sup>, arraigan con los demás dogmas de aquella región ori-

1 El efecto producido por la conquista de Odino en las regiones del Norte, ha sido compendiado por el docto Eichhoff en estas palabras: «Dominando, al parecer de los escandinavos, toda la tierra, rodeado de los *Ases* ó jefes divinizados que forman su cortejo celeste, vencedor de los genios malhechores, aunque sin tréguva amenazado por ellos;—resume en sí respecto de los expresados pueblos, el heroísmo que afronta los obstáculos, la perseverancia, que los domina, y sobre todo la discreción, que los evita. (Tableau, pág. 36). La gratitud de los vencidos eleva al vencedor á la esfera de la divinidad, circunstancia que hace realizable la influencia inusitada que los historiadores le conceden. No se olvide que lo último que puede perder un pueblo, es la lengua hablada por sus mayores.

2 Esta opinión apunta Mr. Gråberg en su *Saggio Istorico sugli scaldi ó antichi poeti scandinavi* (Pisa 1811), fundándose en muy valaderas razones (pág. 47 y 48). Todo convence de que Odino era un conquistador extraordinario.

3 Mr. Eichhoff observa que la voz *Wodan*, cuya raíz *odh* ó *wuth* penetra en todos los dialectos germánicos, y cuya significación es la de *pensamiento*, acerca á Odino al Boudha de los indios, genio de la sabiduría,

gímaria del Asia, en el suelo del Norte, derramándose en breve á la mayor parte de las regiones germánicas. Allí encarnan en las primitivas tradiciones, y comunicándoles especial colorido, animan por largo tiempo el harpa del poeta (*skaldo*), mezclándose á los recuerdos heroicos é infundiendo nuevo espíritu á los guerreros. Allí se connaturalizan y robustecen con las supersticiones populares, que se reflejan enérgicamente en los cantos del *Edda* <sup>1</sup>; y al mismo tiempo que empieza á disiparlas la luz del Evangelio, aparecen á la faz de las demás naciones, conducidas á Inglaterra por la espada de los sajones y daneses, llevadas á Francia por las falanges de los normandos. Poco después recogía Semundo Sigfuson las últimas reliquias del arte inspirado por los dioses de Odino, levantando á la antigua cultura del Norte el sencillez y grandioso monumento, donde se hallan escritos con duraderos caracteres los nombres de Thor, Balder y Freyr <sup>2</sup>.

llamado así del verbo *budh*, concebir. Aproximado por este nuevo camino á la divinidad, viene á ser el centro de aquella especie de mitología, cuyas principales ficciones, en la relación poética que vamos estableciendo, quedan ya indicadas.

1 Desde el primer canto de este peregrino y misterioso libro, que es la *volopsá* ó *vision de Vala*, manera de Génesis del pueblo escandinavo, se encuentra ya el vario aparato de enanos, que nacen de la sangre de *Brimer* (estr. XII y siguientes) y de *Dvalin* (estr. XVII); de hadas, entre quienes resplandecen *Skulda*, *Skogel*, *Gunar*, *Hildar* y *Gondel*, consagradas al príncipe de los combates (estr. XXIV); de magas, tales como *Gulvege*, quemada tres y más veces y protectora siempre de la raza de los malvados (estr. XXV y XXVI); de gigantes, entre los cuales es notable la vieja *Gygur*, habitadora de la selva de hierro (estr. XXXVII); de serpientes y dragones, tales como *Yormungand* y *Nidhogre* (estr. XLV y LII); y finalmente, de palacios de oro, gallos encantados, perros, águilas, ríos, árboles y otras mil creaciones de la fantasía, tipos todos que derivados, según notaremos, á civilizaciones más occidentales, pudieron tener notable influencia en el desarrollo del sistema poético, adoptado por la literatura caballeresca.

2 Sigfuson existió por los años de 1100 y fué designado con el nombre de Sabio. Fugitivas á Irlanda las reliquias de los antiguos escandinavos, refúgiense en aquella isla solitaria los sacerdotes del culto odínico, que conservaban las primitivas tradiciones: propagada al cabo la luz del Evangelio por San Bonifacio, San Anscario y sus discípulos hasta el centro de dicha isla (siglo XI), hallan los dogmas escandinavos su último intérprete en Semundo, quien escribiendo las cartas religiosas, liga á la posteridad el me-

Por esta doble senda, que parte de un mismo punto, se derivan, pues, en sentir de muy doctos escritores, á las Islas británicas y á la Francia del siglo X las peregrinas ficciones, que toman carta de naturaleza en la antigua Bretaña, y que animando las historias fabulosas reunidas por el obispo de San Asaph en su famosa crónica, se transfieren al suelo de Gales y á las comarcas de Cornualla, engendrando en una y otra parte los poemas de la caballería. Sin duda es este sistema el que más parece acordarse con la ley histórica y providencial que preside los destinos de la humanidad en el progresivo desarrollo de su múltiple y complicada cultura; aquellos elementos poéticos, aquellas misteriosas tradiciones que se hallaban amenazadas de muerte en el suelo, en que fructificaron por largos siglos, caracterizando la religión y las costumbres,—venían ahora á fecundar nuevas civilizaciones, sometiéndose á los fines ulteriores de las mismas. Sin embargo, por más vitalidad y energía que trajeran todas estas ficciones, por grande que fuese la sensación que produjeron en el ánimo de los pueblos, á cuyo seno eran trasportadas, poco ó muy pasajero efecto hubieran logrado en las esferas del arte, á no hallar en cierto modo preparado el terreno por el recuerdo vago, però constante, de otra mitología, cuyas divinidades y fundamentos, si bien se mostraban en lo exterior desemejantes á los de la religión de Odino, ofrecían notable armonía y unidad en el fondo <sup>1</sup>. Pudieron de este modo hermanarse, para conspirar á un

morale libro que recibe el nombre de *Edda* (ley sagrada). Véase el citado Eichhoff, pág. 42.

<sup>1</sup> «La cosmogonía y los genios elementales que sirven para figurar la creación (dice el docto Eichhoff), nos parecen remontarse, así entre los germanos como entre los celtas, entre los romanos como entre los griegos, á la más apartada antigüedad, á las tradiciones primitivas de Asia importadas por los primeros colonos» (pág. 34). Partiendo de este principio, establece notables analogías entre los diversos sistemas teogónicos de griegos, romanos, celtas, germanos y escandinavos, mostrando así los lazos que unen el antiguo simbolismo oriental y las divinidades astronómicas de la India, la Asiria y el Egipto con las de Grecia y Roma, no menos que con las de los germanos, celtas, vendas é iberos. Esta correspondencia interior de los espíritus, aunque interceptada á menudo por las grandes catástrofes de la humanidad y por la irresistible fuerza de los tiempos, no por eso ca-

mismo fin, los ricos y variados elementos que legó al morir el arte clásico á las generaciones de la edad-media y los elementos que traídos del Norte, refrescaban esa misma tradición con nuevos gérmenes de vida. La teoría de los clasicistas, más fundamental, más histórica que la de los partidarios de la influencia omnimoda de los árabes, se enlaza estrechamente con el sistema de los que atribuyen á los normandos, daneses y sajones directa participación en el desarrollo de la poesía caballerescas <sup>1</sup>.

Mas dados ya todos esós elementos y admitida la fusión de todas esas ficciones, que aumenta y multiplica la juvenil fantasía de los pueblos que los reciben, ¿podía decirse que estaba formado el sistema poético, revelado por los libros de caballerías?... Cualquiera que fuese el brillo y la riqueza de esa manera de mitología, que contribuye á crear la máquina exterior del arte, jamás hubiera llegado á producir verdadero sistema literario, sin hallarse subordinada á principios fecundos, capaces de encerrar en sí y revelar vigorosamente el espíritu y la vida interior de la sociedad, en cuyo seno iba aquel á manifestarse. La poesía caballerescas tiene su más firme apoyo en el feudalismo.

duca y desaparece del todo, dando en un dia determinados sorprendentes resultados, cuya explicación sería absolutamente imposible, sin acudir á las fuentes primitivas de la historia, reconstruyendo las mismas tradiciones por medio de la ciencia etnográfica y la filológica. Así debe suceder, en nuestro sentir respecto de las investigaciones que vamos indicando.

<sup>1</sup> La cohorte, distinguida por cierto, de los arabistas, ha sido reforzada por no escaso número de críticos, que reparando en la absoluta falta de pruebas con que se exponía aquel sistema, han apelado á las Cruzadas para darle nueva luz y mayor autoridad. No queremos plaza de arbitrarios en el estudio de la historia, cualesquiera que sean sus relaciones con la civilización; pero si pudieron las Cruzadas tener alguna influencia en el perfeccionamiento, ó mejor dicho, en el acopio de los elementos que constituyen la máquina literaria de la poesía caballerescas, no se olvide que ya antes de emprenderse la primera de aquellas expediciones se hallaba fundamentalmente organizado el sistema feudal, base principalísima, conforme á continuación veremos, de aquella literatura, y que no sólo se habían consumado las conquistas de sajones y daneses, sino también las famosas expediciones de los normandos, tomando estos asiento en las regiones occidentales. El influjo de las Cruzadas no pudo en consecuencia ser primitivo, como parece indicarlo el empeño de los que las citan al propósito.

Nacido este del centro de la barbarie é hijo por una parte del valor individual y por otra del total olvido de las ideas del derecho y de la organizacion militar que reciben las nuevas comarcas, en que es dividido por los pueblos del Norte el imperio de los Césares romanos, tiene su origen en los beneficios militares creados para defensa de las fronteras; beneficios que hubieron de distinguirse con los títulos de ducados, marcas, condados y baronías <sup>1</sup>. Ensayado acaso por vez primera entre los lombardos, comprimidos al par sobre las orillas del Pó por los emperadores de Oriente y por los pueblos septentrionales, que iban cayendo sucesivamente sobre el centro de Europa, propagábase en breve este sistema á las regiones de la Germania, donde hallaba incremento en las mismas costumbres, y extendíase también en-

1 Entre las teorías más ó menos brillantes que se han inventado para explicar el origen del feudalismo, llama nuestra atencion la que expone el distinguido Mr. Guizot en su *Historia general de la civilizacion europea*. «Establécese (escribe) el señor feudal en un paraje solitario, ya en la cima de un monte, ya en el centro de una selva: allí construye su morada que rodea de altos y gruesos muros: enciérranse con él su muger, sus hijos y acaso algunos hombres libres que carecen de bienes de fortuna y gozan de su especial aprecio. Alrededor ó á los piés de este castillo se agrupa una corta poblacion de colonos ó de siervos que cultivan las tierras de su señor: en medio de este pueblo coloca la religion una iglesia y lleva á ella un sacerdote. En los primeros tiempos del régimen feudal este sacerdote es á la vez capellan del castillo y cura del pueblo: dia vendrá en que se separen estos dos caracteres y en que el pueblo tenga un sacerdote que se albergue junto al átrio de su iglesia. Hé aquí el origen y creacion de ese nuevo estado, el elemento primordial del feudalismo.» Hasta aquí Guizot. Pero semejante teoría, si halaga por un momento la imaginacion, no satisface la razon histórica. El feudalismo es un hecho de fuerza, y como tal sólo debe buscarse en la fuerza su verdadero origen: así únicamente debe ser considerado como inmediata y natural consecuencia de la organizacion guerrera que recibe Europa, á efecto de las sucesivas invasiones de los pueblos septentrionales; y ya existan en el seno de la antigua sociedad gérmenes más ó menos sensibles, como pretenden algunos, ya los traigan los pueblos germanos, ya se desarrollen de este ó del otro modo, siempre habrá de referirse su manifestacion en el seno del continente europeo á la constitucion indicada, no siendo posible su establecimiento y desarrollo por otra senda, ni habiendo otra manera más racional y sencilla de explicar este fenómeno político de los tiempos medios.

tre los francos, apareciendo ya grandemente robustecido al comenzar del siglo VIII.

Ni tardó mucho en ser adoptado en las demas naciones de Europa, siendo en verdad digno de notarse que al reunir Cárlo-Magno bajo un mismo cetro la mayor parte de ellas, lejos de destruirlo, como parecia demandarlo la politica del Imperio, contribuyera, bien que indirectamente, á fomentarlo. La debilidad de los sucesores de este gran príncipe, y sobre todo las vergonzosas discordias de los hijos de Ludovico Pio, á que pone desastroso fin la batalla de Fontenay [843], trocaron aquella constitucion militar en instrumento de bárbara anarquía, estableciéndose de hecho y de derecho el feudalismo, y rompiéndose del todo, ó siendo enteramente ilusorios los lazos del señorío y vasallaje, que habian existido hasta entonces entre los magnates y los reyes. «Vióse cada reino de Europa (dice al propósito un escritor respetable) dividido y subdividido en inmenso número de pequeñas soberanías, subordinadas unas á otras en la apariencia, pero que realmente no reconocian ni para obedecer ni para mandar otro principio que la fuerza y el atrevimiento. Los pueblos estaban esclavizados; los reyes sin poder; las guerras entre barones grandes y pequeños eran continuas: la anarquía perpétua. En Inglaterra conservaron los reyes más influencia; porque Guillermo el Conquistador la dividió en gran número de baronías, y siendo cada una pequeña, ningun baron pudo igualarse con el monarca ni en autoridad ni en riquezas. Pero el resto de Europa estaba sumerjido en el más lastimoso desorden. A este sistema de cosas, á esta perpétua descomposicion del poder soberano, á esta anarquía universal, á esta combinacion de fuerzas débiles que obraban sin concierto, ni régimen, dan los publicistas el nombre de gobierno feudal. Su siglo de oro fué desde el reinado de Ludovico Pio hasta el de San Luis, época muy difícil de estudiar, pero muy importante, porque en ella está contenida la suerte ulterior de las naciones modernas <sup>1</sup>.

1 Don Alberto Lista y Aragon, *Memoria sobre el feudalismo en España*, *Revista Universal*, t. II, pág. 7.

Erigido el feudalismo en poder, á nombre de la libertad y de la independencia de unos pocos, fué pues el más duro instrumento de la opresión, ejercida impunemente por el fuerte y el poderoso sobre el menesteroso y el débil. Sólo era ley el capricho: la seguridad pública y la seguridad doméstica existían únicamente en la fuerza. Pero esta ley de hierro y de violencia debía al cabo hallar en la tierra antídoto y correctivo: almas elevadas y generosas, que reprenden y condenan en secreto tan cruda opresión, exaltadas por el doloroso espectáculo de la virtud y de la inocencia, torpemente vilipendiadas, se alzan en medio de la universal servidumbre para rechazar tamaños desmanes. Un solo camino existía para llegar al término pretendido: era la fuerza la fuente única, la única fórmula de derecho respecto del feudalismo: la fuerza debía por tanto ser empleada para dar cima á tan noble y meritoria empresa: la ley del hierro sólo podía ser rebatida por el hierro, y lo fué. Hé aquí cómo nace y se desarrolla el sentimiento caballeresco; cómo se forma y organiza áquella resistencia armada que, santificada por la religion, recibe el nombre de *caballería*, y que ofreciéndose en holocausto por la libertad de los hombres, se prepara desde su cuna á sufrir todas las amarguras y á arrostrar todas las contradicciones, hasta lograr la emancipación de los débiles y oprimidos.

Protesta tan noble como enérgica debía ser altamente popular en todas las regiones que gemían bajo el yugo del feudalismo, tendiendo irresistiblemente á encontrar la expresión más adecuada en la literatura de aquellos mismos pueblos. La poesía caballeresca surgió espontáneamente para satisfacer esta necesidad imperiosa: la caballería era una religion, y su sacerdocio el ejercicio de todas las virtudes: el caballero que merecía por excelencia este nombre, tipo de perfecciones: la fé de su creencia pura y ardiente, como el celo de la justicia que armaba su diestra; su palabra inviolable; su abnegación profunda; su valor invencible; su amor casto é inextinguible, como la llama de su fé. Tan altas virtudes le encumbran sobre todos los príncipes y los reyes de la tierra, haciéndole merecedor del cetro y de la corona: su espada desata los encantos, postra la soberbia de los gigantes, quebranta los formidables dragones, auyenta los vesti-

glos: las hadas misteriosas, que han arrullado los sueños de su infancia, vigilan de continuo sobre su vida, dominadas de aquella fuerza superior, que dirige los destinos de los seres privilegiados; y en una palabra, el mundo de las ficciones y de las maravillas es el teatro de su bravura, rodeándole con fantástica aureola y engrandeciéndole con el tesoro de las tradiciones populares la universal gratitud de los oprimidos, que ven en sus victorias el triunfo de la virtud, y le proclaman en su entusiasmo amparador de los desvalidos, escudo de los huérfanos <sup>1</sup>.

Esta sublime idealización de la caballería, semejante en sus efectos á la idealización histórica del heroísmo de los caudillos españoles, es pues el único lazo capaz de unir los diversos elementos, que han ido acumulando en el seno de Europa los distintos pueblos que fijan en ella sus moradas. El sentimiento, que hace brotar tan bella y generosa creación en mitad del caos de la edad-media, nace directa é inmediatamente del estado de la sociedad y obedece las leyes históricas de su natural progreso: por eso el arte que la revela es popular, y sus multiplicadas producciones llevan tras sí el aplauso de la muchedumbre: por eso, existieran ó nó las crónicas de *Turpin* y de *Monmouth*, hubiera logrado inevitable desenvolvimiento en las regiones, donde imperaba el feudalismo con todo el aparato de la fuerza; por eso, en fin, no tuvo, no pudo tener la misma importancia en aquellas naciones, donde causas sin duda providenciales establecían en la sociedad cierta manera de equilibrio, y donde podía el pechero de hoy elevarse mañana, por medio de su valor ó de su virtud, á la silla de sus magnates <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> No será fuera de sazón el manifestar que hay algunos poemas ó libros de caballerías, donde bastardean algún tanto los caracteres generales del caballero, en especial respecto de la pasión del amor. Tal sucede por ejemplo en *Tristan de Leonis* y *Lanzarote del Lago*. Pero obsérvese que en estos casos, verdaderamente excepcionales, ceden los caballeros á cierta ley fatal, superior á toda fuerza humana, no alterando la fisonomía general del tipo, creado por la fantasía popular é idealizado por el arte.

<sup>2</sup> Notando esta capital diferencia el más celebrado crítico francés de nuestros días (el ecléctico Villemain), y considerando las dos grandes familias de héroes, nacidas de las hazañas de Cárlo-Magno y de las ejecutadas por los normandos, imagina otra tercera española, á que da por raíz y ca-

Que esto es así, lo prueba con exuberancia de datos irrecusables la historia de las letras. El siglo de oro del feudalismo es también el siglo de oro de la poesía y literatura caballeresca; y ya provengan de la crónica de *Monmouth* y de la de *Turpin*, ya de las tradiciones, cuentos y cantos populares, aparecen los poemas que representan aquella gran lucha entre el sentimiento de la libertad y el hecho de la opresión, divididos en dos ramas principales adheridas á las dos grandes fuentes de tan peregrinas ficciones: tales son las ramas designadas arriba con los títulos de *ciclo breton* y *ciclo carlowingio* <sup>1</sup>.

beza Ruy Diaz de Vivar (*Tableau de la litterature du Moyen-age*, t. I, lección VII). Villemain determina sin embargo con cierta claridad los diferentes caracteres de los caudillos españoles y de los héroes fantásticos de la caballería, manifestando que debe considerarse en los primeros la grandeza del hombre, mientras domina respecto de los segundos la magnitud de los sucesos. Esta observación era sin duda suficiente para apartarle de la frágil teoría que establece: los héroes españoles viven en la historia y para la historia; piensan, sienten y obran como todos los paladines de la cruz; aspiran al fin común del pueblo y de la civilización castellana, habiendo por tanto entre ellos y los de los ciclos fabulosos la distancia que media entre la opción irrealizable de una sociedad que anhela el bien e idealiza el instrumento, creado por su fantasía para lograrlo, y el vivo deseo del triunfo sobre los enemigos de la patria y de la religión, realizado á menudo por todos los ciudadanos con la fuerza de las armas. El orden de ideas que unos y otros personajes representan, no puede ser más distinto. Pero aunque no fuera tal la semejanza ¿dónde están los sucesores del Cid, que constituyen en la literatura castellana esa familia de héroes semejante á la de los paladines del rey Artús ó de Cárlo-Magno?... Si lejos de esto Villemain hubiera dicho, al reconocer los diferentes caracteres de unos y otros, que la aparición de los *libros de caballerías* produce cierta reacción en el sentimiento patriótico de los castellanos, según notaremos en lugar oportuno, no hubiese logrado la gloria de inventar una nueva teoría; pero se hubiera acercado á la verdad histórica.

<sup>1</sup> Algunos críticos alemanes, y entre ellos el distinguido Mr. Pischon en su *Leitfaden der Deutschen Literatur* (Berlín 1836), estableciendo una clasificación completa de los poemas épicos de la edad-media, los dividen en seis series ó ciclos principales, á saber: ciclos legendarios, sagrado y profano, ciclo greco-romano, ciclo franco-romano, ciclo británico y ciclo germánico. Como notarán los lectores, los ciclos franco-romano y británico corresponden en esta clasificación á los que representan fuera de España la literatura caballeresca. Al darles el título de *ciclo breton* y *ciclo carlowingio*, nos acomodamos al uso general y constante de los más autorizados escritores.

Tiene el primero por fundamento la existencia del rey Artús, último soberano de los bretones insulares, que en una buena parte del siglo VI [517 á 542] hizo heroicos esfuerzos para defender la independencia de su patria contra la invasión de los sajones. Ligada á su historia, que difunde entre los truveras el poema de *Bruto*, escrito por Roberto Wace [1155], aparece la del encantador Merlin, hijo de una virgen y del príncipe de las tinieblas; y enlázanse con ambas las no menos peregrinas y originales de *Lanzarote del Lago* y de *Tristan*, sobrinos de tan renombrado monarca, y la de *Joseph Arimathea* y de *Perceval de Gaula*, dando las últimas origen á la serie de poemas que tienen por objeto el *Santo-Graal* y su *Demanda*; libros que constituyen en realidad un segundo ciclo, ofreciendo cumplida razón de la caballería religiosa <sup>1</sup>. Compuestos ó traducidos casi todos durante el reinado de Enrique II de Inglaterra [1154 á 1189], reconocen por autores á diferentes poetas protegidos por el mismo Enrique, y más de una vez asociados para llevar á cabo los mandatos de aquel monarca <sup>2</sup>. De su corte pasa á la poesía

<sup>1</sup> Mr. Fauriel en su *Hist. de la poes. provençale* afirma expresamente que en la milicia religiosa del Grial hay una alusión manifiesta á la milicia de los Templarios. «El objeto, el carácter religioso, el nombre todo se relaciona (dice) entre esta última caballería y la caballería ideal del Graal, habiendo no poca dificultad en comprender la ficción de la una, si se hace abstracción de la existencia real de la otra» (t. II, cap. XXX, pág. 439). Aceptamos esta opinión, por parecernos tanto más exacta cuanto que sin reconocer la expresada correspondencia entre el mundo real y el mundo ideal, creado por la poesía caballeresca, sería incompleta la manifestación del arte. La caballería de la Iglesia, institución histórica, que viene á secundar el noble, generoso y trascendental pensamiento generador de la caballería profana, tal como lo dejamos expuesto, debía tener y tuvo en efecto digna representación en las producciones de la literatura, engendrada por aquel mismo pensamiento; debiendo observarse que ya en los primeros poemas, que ofrecen la historia del Santo-Graal, tales como las de *José de Arimathea* y el *Perceval de Gaula*, ya en los derivados de ellos, tales como el *Titarel* y el *Perceval* de Wolfram, domina siempre el sentimiento religioso á toda otra idea, personificándose de una manera digna y elevada aquella vida de austeras privaciones y de pruebas sublimes, que distingue en todas partes á las Órdenes militares.

<sup>2</sup> Los autores ó traductores referidos son: Lucas de Gast, que trasladó el libro de *Tristan* y comenzó el del *Santo Graal* [1170 á 1180]; Gasse-le-

propriadamente francesa la historia de *Tristan*, enriquecida por Cristiano de Troya [1191], y tras ella cobran no menor fama las demas ficciones de la *Tabla Redonda* en todo el siglo XIII <sup>1</sup>.

Igual preponderancia y nombradía estaban reservadas al ciclo *carlowingio*. Dudan los más doctos investigadores sobre la prioridad de uno y otro, inclinándose no pocos á dar la preferencia al *breton*, por hallar en los más antiguos poemas del *carlowingio* frecuentes alusiones á los caballeros de la corte del rey Artús; observacion de no poco valer en este linage de tareas. Como quiera, cumple principalmente á nuestro intento el consignar que es Cárlo-Magno (y con él sus doce Pares) el héroe fundamental de los poemas y libros de la rama *carlowingia*, resultando de las distintas épocas que constituyen su vida, otras tantas series de historias caballerescas, en que tienen lugar algunos de sus ascendientes y no pocos de sus sucesores. A cinco grupos de acontecimientos capitales pueden no obstante reducirse dichas series: 1.º El que forma la historia preliminar de Cárlo-Magno con la de su padre y abuelos: 2.º El que se refiere á su infancia y á su juventud: 3.º El que abraza las expediciones fabulosas á Constantinopla y Roma: 4.º El que atañe á la historia de España, á que pone fin la sangrienta rota de Roncesvalles; y 5.º El que encierra las guerras sostenidas contra los sarracenos de la

Blond, que tomó parte en dichos trabajos; Gualtero Map, que puso en francés el *Lanzarote del Lago*; Roberto y Helis de Borron, que prosiguieron la traduccion de las historias de *Joseph de Arimathea*, del *Santo Graal* y de *Merlin*, publicando además Helis el libro de *Palamedes* por sí solo, y asociándose á Rusticiano de Pisa para dar cima á las obras que llevan su nombre. Estas son: el *Bruto*, puesto de verso en prosa y el *Meliadus*, padre de *Tristan*, el más famoso de los poemas ó libros bretones (Roquefort, *De la poes. franc.* III.ª Parte, cap. I, pág. 149 y siguientes), de que segun observa Fauriel se conocen hasta siete diferentes redacciones (t. II de su *Hist. de la poes. prov.* pág. 425).

<sup>1</sup> El citado Mr. Fauriel señala el período de 1100 á 1300 como la época floreciente de la literatura caballeresca, manifestando que abrigaba la conviccion de que algunos de los más célebres poemas ó libros de la *Tabla Redonda* eran ya muy conocidos en 1150 (t. II, pág. 323 de la referida obra). Todo convence de la exactitud de las observaciones que vamos haciendo, con el propósito de aplicarlas á nuestra historia literaria.

Península Ibérica en defensa del territorio cristiano <sup>1</sup>. Como se ve claramente, caen bajo esta division todas las historias, derivadas de la tantas veces citada de *Turpin*, enlazándose estrechamente con ellas las colaterales de *Los cuatro hijos de Aymon*, *Reynaldo de Montalban*, *Maugis de Aigremont*, *Ogier el Danés*, *Beuves de Aigremont*, *Garnier de Nanteuil*, *Aymerico de Narbona* y otras muchas, escritas en el siglo XII y llegadas á su mayor reputacion durante el XIII <sup>2</sup>.

Impertinencia reprehensible seria pues la de dudar, en vista de este doble y completo desarrollo de la literatura caballeresca <sup>3</sup>, respecto de los pueblos en que tiene su cuna y adquiere su natural perfeccionamiento. Gloria es esta que nadie osará disputar con entera justicia á la nacion britana, reconociendo aun mayores merecimientos en la francesa, si bien conviene sentar

<sup>1</sup> Añadimos á esta clasificacion establecida por Fauriel, el primer miembro que comprende las historias de *Berta y Pepino*, *Flores y Blanca Flor*, ó *Buovo de Antora*, etc., algunas de las cuales constituyen por separado interesantes, aunque descosidas, narraciones.

<sup>2</sup> La mayor parte de los autores de los poemas ó libros del ciclo *carlowingio* pertenecen al siglo XIII. Adans ó Adenez, autor del *Cleomades* y de las *Mocedades* (Enfances) de *Ogiero el Danés*, de *Aymerico de Narbona* y de *Berta y Pepino*, florece en la corte de Felipe el Atrevido; Giraldino de Amiens, que prosiguió la última historia con la de *Cárlo-Magno, hijo de Berta*, vivía á fines de aquella centuria y principios de la siguiente. Lo mismo sucede á Huon de Villeneuve, que escribió el *Reynaldo de Montalban* y el *Garnier de Nanteuil*, de que son ramas otros diferentes poemas, y á quien se atribuyen los *Cuatro hijos de Aymon*, novela íntimamente enlazada con la historia del *Reynaldo de Montalban*, uno de los cuatro personajes indicados con aquel título. De cualquier modo no puede estar más comprobado en la literatura francesa el desarrollo de la caballeresca.

<sup>3</sup> El docto Mr. Fauriel establece una tercera categoría de poemas caballerescos, adherida al ciclo *carlowingio*, si bien con significacion histórica más directa y enlazada con los pueblos del Mediodía de Francia. Son los principales poemas de esta serie el *Guillermo de Orange*, *Gerardo de Rosellon*, y otros que habian sido antes colocados entre los poemas mixtos al lado del *Caballero del Cisne*, *Gerardo de la Violeta*, *Garin el Loherano* etc. Conste sin embargo que el espíritu que anima dichos libros, como enseña la bellísima historia de *Gerardo de Rosellon*, siendo no menos poético que el de los de caballería, propiadamente dichos, está más conforme con la vida real del pueblo, naciendo de sus más caras tradiciones históricas.